



## VIVIDO Y CONTADO

Luis MOLLÁ AYUSO



UNIO de 1976, a punto de superar el primer curso en la Escuela Naval, embarcó la promoción al completo para el viaje de fin de curso a bordo de las fragatas *Legazpi*, *Vicente Yáñez Pinzón*, *Álava* y *Liniers*, agrupación al mando del entonces comandante-director, capitán de navío Salvador Moreno de Alborán.

Si alguno de nosotros había llegado a pensarlo, desde luego quedó claro nada más salir de Marín que aquello no iba a ser ni mucho menos un viaje de placer, pues a las naturales guardias y servicios a bordo no tardaron en añadirse los castigos infligidos por los guardias marinas de cuarto curso, las más de las veces trabajos al alba, que consistían en levantarse antes que el sol para realizar cualquier trabajo que se le ocurriera al guardia marina en cuestión.

Como para cualquier promoción de la época, una de las asignaturas «coco» de los aspirantes era la electricidad, de la que lo único que recuerdo es que la estudiábamos en dos grandes tomos de un tal Chester L. Dawes, si bien la cuestión del aprendizaje quedaba bastante huérfana en la mayoría de los casos.

Una tarde a bordo del *Liniers*, uno de los aspirantes de mi guardia, al que llamaremos Masco, me confió que un guardia marina de máquinas le había castigado con un trabajo de alba consistente en presentar un modelo descriptivo de la instalación eléctrica a bordo, preguntándome a continuación si sabía de dónde podía sacar la información; pero ni yo ni ningún otro compañero supimos darle respuesta.

Pasamos la mañana del día siguiente entre clases, guardias y ejercicios, y latía entre nosotros la curiosidad de saber qué habría pasado con Masco. Cuando al fin coincidimos en el comedor, nos sorprendió con un trabajo de varios folios con todo lujo de dibujos y diagramas de colores que nos mostró muy ufano. Pero aquello no le pareció suficiente y viendo que ninguno de nosotros sabíamos nada del contenido del trabajo, intentó infructuosamente explicárnoslo. Masco estaba tan orgulloso de su obra y de haber conseguido, al fin, descubrir los secretos del mundo de la electricidad que no perdía ocasión de ilustrar a cualquier incauto que le cayera cerca, y más de una vez lo vimos en cubierta explicando las líneas de corriente a algún marinero despistado que lo escuchaba disciplinadamente, pensando seguramente de qué manicomio se habría escapado semejante loco.

Así las cosas el viaje nos llevó a aguas del archipiélago balear, y un atardecer, precisamente en nuestra guardia, el circuito táctico trajo la orden del OTC de formar en línea de fila para cruzar el conocido Paso de las Estrellas, quedando asignado al *Liniers* el último puesto de la formación. El Paso de las Estrellas es un canal angosto, suficientemente ancho para la manga de aquellos barcos afilados, pero no mucho más, por lo que la orden fue recibida por el comandante con claras muestras de rechazo.

Comenzaba a anochecer y los barcos se seguían unos a otros lentamente como una hilera de patos, y conforme se acercaba nuestro momento el berrinche del comandante iba en aumento. La composición del puente puede imaginarse cualquiera: el comandante con unos prismáticos, pegado a los cristales de proa, y tras él cada uno con sus correspondientes anteojos, el segundo, jefe de operaciones, oficial de derrota, oficial de guardia, el subalterno, entre siete u ocho suboficiales, cabos y marineros de la guardia y sus homólogos alumnos, guardias marinas y aspirantes, y entre estos últimos, el que suscribe, en las palancas del tacómetro de las revoluciones, y a mi lado, a la caña, el aspirante Masco, seguramente con su trabajo de electricidad bajo la lanilla gris listo para ilustrar a cualquier incauto que se le aproximara, aunque claro, no en aquellos momentos en que el grado de tensión solo era comparable al de las imprecaciones y juramentos del comandante.

Los tres primeros barcos ya habían pasado y sólo faltábamos nosotros. A la tensión que se masticaba en el puente se sumaba la que aportaban las docenas de ojos escrutadores que nos contemplaban desde los puentes de los barcos que ya habían cumplido la desagradable orden del OTC. El silencio era tan denso que podía cortarse con una cuchilla y ni siquiera el jilguero que nos acompañaba desde su jaula a la salida al alerón se atrevía a entonar sus armoniosos trinos. En ese momento el comandante dejó descansar los prismáticos sobre el pecho, se giró y formuló una pregunta dirigida seguramente al oficial de derrota.

—¿Qué corriente tenemos?

Quien más quien menos todos disimulamos buscando telarañas en el techo o en el suelo. Todos excepto Masco, que esbozando una sonrisa de satisfacción exclamó lleno de júbilo:

—¡Alternar mi comandante!

La mirada del comandante fulminó a nuestro querido Masco, al que no volvimos a ver asomar por el puente durante el resto del viaje, aunque sé que el paso del tiempo no ha hecho mella en su espíritu y de vez en cuando lo sigo encontrando por los pasillos del Ministerio de Defensa tratando de ilustrar a cualquier incauto que se le acerque sobre el tenebroso mundo de los electrones.





Patrullero *Vencedora* en la dársena del puerto de Cartagena.  
(Foto: F. García Flores).